

ron sobre las kabilas del campo más nominal que real, y ya porque unas veces no pudiesen contenerlas, ya también porque otras favorecían subrepticamente este espíritu de inquina contra los españoles, lo cierto es que nuestras plazas africanas han tenido que estar siempre montadas en pié de guerra, si bien no en todas ocasiones, presididas convenientemente para infundir el necesario respeto á tan molestos vecinos.

Las desgraciadas circunstancias por que atravesó España desde el siglo XVII, las guerras exteriores que con la mayor parte de las naciones de Europa se vió precisada á sostener á causa de una política fatal y ruinosa, y el estado de decaimiento que tantas luchas ocasionó, fueron causas más que suficientes para que jamás pudiera pensarse de un modo sistemático en asegurar nuestras posesiones africanas, ni en extender nuestro influjo hasta el interior del imperio de Marruecos.

Muchas veces dieron los moros motivos bastantes para que España les hubiera declarado la guerra con justicia; pero las circunstancias por que atravesaba la península, no permitían sérias empresas exteriores, y era preciso por lo tanto, contentarse con defender del mejor modo posible lo que en territorio marroquí poseíamos, dejando para más propicios tiempos la realización de otros ideales de mayor trascendencia.

Al constituirse en España con elementos de los partidos progresista y conservador lo que se llamó union liberal, y cuando desorganizadas las antiguas parcialidades políticas, todo parecía augurar para lo que se

había formado de sus ruinas un largo período de dominación, buscóse además un pretexto plausible para separar la atención del país de las luchas intestinas de partido, y para fundar sobre la gloria de las armas la base de un gobierno largo y duradero, ya que por notorias circunstancias en nuestro país, era esta tarea casi irrealizable.

Causas antiguas y ya olvidadas se recordaron de nuevo, púsose de relieve la conducta de Francia en su colonia de Argel, y de todo se deducía que si no queríamos ver frustradas para siempre nuestras aspiraciones hácia el otro lado del estrecho de Gibraltar, y en constante peligro nuestros presidios de África, debíamos á toda costa contrarestar el impulso que en Marruecos había alcanzado la Inglaterra por medio de una hábil política, lo cual no podía hacerse de otro modo, que dando una muestra evidente de la fuerza y vigor que poseíamos.

El gobierno del general O'Donnell supo hábilmente difundir por medio de la prensa estas ideas y pensamientos, y aunque en la apariencia manifestaba cierto disgusto y repugnancia á lanzarse á empresas de dudoso resultado, no le pesaba que las circunstancias le obligaran á ello, mucho más si le impulsaban sus adversarios políticos, y la idea adquiría un carácter nacional y patriótico que la sacase de los estrechos moldes de partido.

La situación de la union liberal, aunque en la apariencia respetable, se conmovía hasta en sus cimientos, pues nada le servía el haberse asimilado elemen-

tos de consideracion, y el disponer en el Parlamento de un apoyo incondicional, porque la voluntad de la corona era tornadiza y siempre inclinada hácia las soluciones más reaccionarias.

Una guerra exterior, popular en el país y relativamente favorable, debía asegurar por espacio de algun tiempo las riendas del poder al gobierno que la realizaré, y si á la vez se conseguia comprometer el sentimiento público en ella, la responsabilidad disminuia sobremanera, aún en el evento de un término desgraciado.

Algunos desafueros cometidos por las kabilas fronterizas de Ceuta, vinieron á justificar más y más estos pensamientos del gobierno presidido por el general O'Donnell, que, desde entonces envió órdenes al ministro plenipotenciario español residente en Tánger, para que entablara reclamaciones diplomáticas con toda energía, como que lo que en realidad se deseaba era un rompimiento.

Comenzó nuestro ministro el Sr. Blanco su tarea dirigiendo al de Estado de Marruecos Sidi-Mohamed el Katib, una nota firmada en Tánger en 5 de Setiembre de 1859, en la cual despues de hablar del temperamento contempORIZADOR que siempre habia adoptado España con respecto al imperio, recordaba los recientes ataques que los moros fronterizos de Melilla y Ceuta habian verificado contra estas plazas, añadiendo que la medida de las consideraciones se habia llenado ya, y que el gobierno de S. M. C. se hallaba dispuesto á exigir la debida reparacion y el cas-

tigo de los culpables. «Si S. M. el Sultan,—decía el Sr. Blanco del Valle,—no se considera bastante poderoso para ello, decidlo de una vez, y los ejércitos españoles, penetrando en vuestros dominios, hará sentir el peso de su indignacion y de su intrepidez á esas tribus bárbaras, deshonra de los tiempos en que vivimos.»

Las reparaciones que España exigía entonces, eran las siguientes:

1.^a Que las armas nacionales fueran colocadas y saludadas por las tropas del Sultan, en el mismo sitio de donde fueron derribadas (1).

2.^a Que los principales agresores se condujeran al campo de Ceuta, á fin de que fuesen severamente castigados á presencia de su guarnicion.

3.^a Formal declaracion del completo derecho que asistia al gobierno de la reina, para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que creyese necesarias para su defensa y seguridad.

4.^a La adopcion de medidas severas, á fin de prevenir la repeticion de los desórdenes ocurridos, y para establecer la paz y armonía que debian existir entre ambas naciones.

(1) Los moros de la Kabila de Anghera, en número de 1.500. habian atacado la plaza de Ceuta, y aunque la escasa guarnicion de aquel presidio rechazó la acometida, los moros destruyeron las obras comenzadas para el resguardo de la fortaleza y arrancaron las armas de España, colocadas en la piedra que marcaba la línea divisoria entre el campo español y el marroquí.

A tan terminante documento, contestó el ministro de Estado marroquí en términos evasivos, y como si no tratase más que de ganar tiempo y echar en todo caso la responsabilidad de la guerra sobre España, de suerte que aunque las negociaciones continuaron por espacio de algunos días, muy luego se puso de manifiesto la mala fé del gobierno del Sultan, y la necesidad de lanzarse á la lucha dado ya el terreno á que se había llegado.

Tuvo, en efecto, que retirarse el ministro español residente en Tanger, y entonces, despues de obtenido por el gobierno de Madrid el consentimiento de las Córtes para emprender la guerra, se dirigió á las potencias extranjeras, manifestando los agravios que le impulsaban á atravesar el Estrecho, si bien hacía declaraciones de que no le llevaba al otro lado del mar ningun pensamiento de conquista, sino el designio de recibir la debida reparacion y asegurar la tranquilidad para los presidios que en Africa teníamos.

Sin embargo, estas explicaciones no parecieron bastante explícitas al gobierno de la Gran Bretaña; y ya que no se hallaba en aptitud de hacer otra cosa, trató de embarazar en lo posible al español en la realizacion de sus propósitos.

El resultado de todo esto fué que el ministro de Estado español, Sr. Calderon Collantes, se vió obligado á hacer cierta clase de declaraciones, en nuestro concepto de todo punto inconvenientes; pues ya que España se arriesgaba á una guerra costosa, no debió en modo alguno limitar desde un principio sus aspi-

tuan, era indispensable contener al enemigo á cierta distancia de Ceuta, para facilitar el desembarque de las tropas que fuesen llegando, y para conseguir este objeto, el general Echagüe atacó con algunas fuerzas las alturas que dominan el campo de Ceuta, de las que se habian posesionado los moros con anticipacion á causa de la escasez de recursos militares con que contaba en un principio la referida plaza. Defendieron los marroquíes estas posiciones con teson y energía, demostrando que no eran enemigos despreciables, y si bien fueron rechazados en toda la línea, no dejamos de experimentar en esta primera tentativa sensibles pérdidas.

El 19 de Noviembre se posesionaron las tropas españolas del primer cuerpo del punto denominado el Serrallo, y como allí era necesario verificar ciertas obras de defensa, entretanto los moros no dejaban de hostilizarnos á fin de evitar los trabajos de fortificación.

El ataque principal que dirigieron los moros sobre los reductos del Serrallo se verificó el 22 de Noviembre. Conforme iban llegando las diversas tropas que destinaba el Emperador de Marruecos á sostener la lucha contra el ejército español, desplegaban mayor vigor en la resistencia y revelaban síntomas de estar mandadas por jefes más peritos en el arte de la guerra, y no enteramente ajenos á las combinaciones de la estrategia. El punto á donde dirigian con predileccion sus ataques los marroquíes eran los reductos que se estaban construyendo en las alturas denominadas del

Serrallo, de que se habian posesionado, como dejamos dicho, las tropas españolas, y lo hacian con tanta bravura y decision, que sólo pudieron ser rechazados á fuerza de serenidad y arrojo por parte de nuestros soldados, que añadieron en aquella ocasion nuevos é inmarcesibles laureles á los que en tantas ocasiones habian alcanzado.

El 30 de Noviembre atacaron de nuevo los moros las fortificaciones ocupadas por los españoles. Véase en qué términos daba cuenta de este hecho de armas el general en jefe del ejército expedicionario:

«Ejército de Africa.—Estado mayor general.—Excelentísimo Sr.: Sería la una del día 30 del mes pasado cuando empecé á oír algunos tiros en la parte que cubre el reduto de Isabel II, y que forma la derecha de la línea avanzada; y al poco tiempo, al paso que el tiroteo aumentaba, y sin que tomase el carácter de importante, recibí un parte del general Gasset dándome conocimiento de que se acercaban á nuestros puestos, ascendiendo de la parte de Anghera y Benzús, fuerzas considerables de moros, y de que todo anunciaba un ataque sério á nuestras primeras posiciones. En el acto monté á caballo y subí al reduto de Isabel II, desde donde podia abrazar toda la extension del campo, habiendo antes ordenado que el segundo cuerpo, á las órdenes del general Zabala, avanzase á las alturas que están encima del Serrallo, y que la division de reserva lo hiciese á este último punto para auxiliar en caso preciso al primer cuerpo, que era el que estaba en combate.

raciones, esterilizando la empresa en su origen. Según las referencias de que hablamos, el gobierno no mantendría la ocupación del territorio que conquistase más que el tiempo necesario para establecer con el imperio un tratado de paz y de amistad que nos pusiera á cubierto de nuevas agresiones y colocase nuestros presidios en circunstancias favorables de defensa.

Desde que comenzaron las negociaciones, activó el gobierno español los preparativos para la campaña que se presentaba como inevitable, y de esta suerte, cuando se hizo la declaración formal de guerra, se encontraban ya en las provincias del Mediodía dispuestos para ser trasladados á Africa, cuatro cuerpos de ejército con su correspondiente dotación de infantería, caballería, artillería é ingenieros, que constituían un total de 33.000 infantes, 2.400 caballos y 74 piezas de artillería.

Para hacer frente á las eventualidades de la lucha, se dispuso la creación en la península de cinco grandes distritos militares donde debían organizarse otros tantos ejércitos, á fin de enviarlos sucesivamente como refuerzo á las primeras tropas.

Los marroquíes tampoco permanecían inactivos. Dispusieron que las escasas tropas regulares con que contaban, se concentrasen sobre Tetuan y Tánger, y al mismo tiempo las kabilas cercanas á estas poblaciones se agregaban á tales fuerzas, pues la agresión se esperaba por este lado. De tal modo se reunieron cerca de Tetuan 30.000 moros, y á sus inmediaciones se

organizó también un campamento de 14.000 combatientes, mientras que se preparaban nuevos refuerzos procedentes del interior, que debía mandar en calidad de general en jefe el hermano del Emperador llamado Muley-el-Abbas.

El 18 de Noviembre de 1859 comenzó el embarque de las tropas en Algeciras, y tan luego como el primer cuerpo de ejército español hubo tomado tierra en el litoral africano al abrigo de la plaza de Ceuta, los moros comprendiendo cuánto les importaba la diligencia en los primeros momentos, concentraron hacia aquel punto las kabilas comarcanas y prepararon las fuerzas regulares de que podían disponer para hacer frente al grueso del ejército enemigo, de suerte que las escaramuzas entre ambas partes comenzaron desde el primer día.

Creyóse en un principio que el ejército expedicionario dirigiría sus ataques, en combinación con las fuerzas marítimas, sobre Tánger, pues tomada esta plaza, lo que no ofrecía obstáculos insuperables, el Gobierno del Sultan se hubiera visto en la necesidad de pedir la paz, encontrándose aislado de toda comunicación comercial con Europa; pero la aptitud hostil del Gobierno inglés indujo al español á seguir otro rumbo más largo, más costoso y de resultados menos seguros y positivos, lo cual había de disgustar naturalmente al país, pues era bochornoso para nosotros ceder á ciertas exigencias cuando nos asistía la razón y la justicia en nuestras diferencias con Marruecos.

Adoptada pues la resolución de marchar hacia Te-

»A mi llegada encontré que en virtud de las disposiciones del general Gasset, que por la herida del general Echagüe (1) manda el citado primer cuerpo, subían el regimiento de Borbon y batallón de Talavera, al mando del brigadier Sandoval, al reducto de Isabel II; y los batallones de Cataluña y Madrid al boquete de Anghera, á las órdenes del brigadier Lasaussaye, siguiendo las demás fuerzas del mismo cuerpo para reforzar los puntos que fueran necesarios.—El enemigo había dirigido la mayor parte de las suyas sobre nuestra derecha, tomando las alturas de la casa del Renegado, y por la izquierda sobre el boquete de Anghera, anunciando querer interponerse entre este punto y el Serrallo; pero vigorosamente recibido por los batallones de Borbon y Talavera, fué arrojado á los barrancos y espesos bosques de que están revestidos, persiguiéndolos después hasta la garganta que conduce á Anghera, desde donde previne retrocediesen nuestros soldados.

»En la derecha se había sostenido un vivo fuego por bastante tiempo, hasta que calculando yo que los enemigos que habían subido á la altura del Renegado podían ser cortados, hice cargar al regimiento de Borbon con su coronel á la cabeza entre dicha altura y las peñas que ocupaban un crecido número de aquellos, lo que verificó con un arrojo admirable, quedando cumplido mi objeto; pero los moros que

(1) Había sido herido levemente en una mano en los primeros encuentros.

vieron la imposibilidad de reunirse al grueso de los suyos por hallarse interpuestas nuestras tropas, se precipitaron en derrota por los derrumbaderos que caen al mar, tirándose á él más de trescientos y dejando muchos cadáveres en el camino. Nuestros soldados persiguieron al enemigo hasta las primeras chozas de la kabila de Benzú, de las que quemaron algunas, retirándose al campo en virtud de mis órdenes, pues consideré innecesaria é improductiva una persecucion mayor, cuando en mis planes no entraba el avanzar mis posiciones.»

Efectivamente, de lo que trataba el general en jefe, era de dar á conocer al enemigo la superioridad de nuestras armas, á fin de emprender el camino de Tetuan sin verse hostigado á cada paso. Sus deseos se vieron en parte satisfechos; pues si en las primeras acometidas los marroquíes despreciaban no sólo el fuego de la infantería sino tambien el de la artillería y las cargas á la bayoneta, al ver que de sus esfuerzos y arrojó no obtenian las ventajas esperadas, y que eran continuamente rechazados, demostraron bien pronto ménos decision y bravura, al paso que los españoles se acostumbraban á aquel sistema de combate, y comprendian las tretas y ardidés que sus contrarios empleaban en la lucha.

Obtenido este resultado era preciso, para emprender la marcha hácia Tetuan, construir un camino que sirviese para la libre circulacion de la caballería, artillería y trenes de pertrechos que exigia el sostenimiento de un ejército respetable, y á este fin aten-

dió el cuerpo de reserva mandado por el bizarro general Prim, mientras que el primero, á las órdenes de Echagüe quedaba defendiendo las alturas que rodean á Ceuta.

Adoptadas estas precauciones, nuestros cuerpos de ejército escalonados emprendieron la marcha hácia Tetuan; pero no por eso los moros cejaron en sus propósitos de hostilizar las posiciones del primer cuerpo.

El día 9 de Diciembre comenzaron á verse ya desde el amanecer desde el campo español las fuerzas enemigas, que avanzaban resueltamente para atacar los reductos de Isabel II y Francisco de Asis, defendido el primero por tres compañías del regimiento de Castilla y una de artillería de montaña, y el segundo por otras tres del de Córdoba. El número de moros aumentaba incesantemente, y las fuerzas que defendían los citados reductos, apenas podían contrarestar los rudos ataques de que eran objeto, y rechazar al enemigo manteniéndole en respeto, en tanto que se desplegaban algunas tropas y el ataque se generalizaba en toda la línea. Llegados algunos refuerzos, que consistían en el batallón de Arapiles, y el segundo de Castilla apoyado por el primero de Saboya, arrojáronse estas fuerzas á la bayoneta sobre el enemigo, que fué prontamente rechazado.

Sin embargo, ante este escarmiento no cejaron los marroquíes en sus proyectos. Reforzados con nuevas masas de combatientes, volvieron al ataque con mayor resolución y empuje que en un principio, sosteniendo un vivísimo fuego de fusilería, e especialmente

por la izquierda y centro de nuestra línea. Algunas brillantes cargas á la bayoneta, dadas en el ala derecha por el batallon de cazadores de Figueras y una seccion de la Guardia civil, y en la izquierda por el de Alba de Tormes, sostenido por el regimiento de la Princesa, fueron suficientes para poner en precipitada fuga al enemigo, que solo se sostuvo ya por algun tiempo en las alturas del Renegado, defendidas por el batallon de Chiclana. Comprendiendo los marroquíes que aquel era un punto vulnerable á causa de las pocas fuerzas que le guardaban, dirijieron contra él una masa de cuatro mil infantes y cien caballos, que hicieron desalojar á los de Chiclana allí estacionados. Sin embargo, viendo los españoles que acudian los suficientes refuerzos, atacaron briosamente á la bayoneta, y lograron recuperar el terreno perdido aún antes de que llegasen los auxilios citados.

Despues de una tenaz resistencia abandonaron los moros sus posesiones á las dos de la tarde, dejando el campo cubierto de cadáveres, y experimentando una vez más, que á pesar de su decision y arrojo, no podian luchar con la superioridad de nuestras armas, careciendo como carecian de la organizacion y de los medios de que disponen los ejércitos europeos.

Continuando el general en jefe del ejército español en el desarrollo de sus planes de guerra, dirigió su principal atencion á que se activasen las obras del camino, pero como los enemigos seguian molestando á las tropas encargadas de esta tarea, el general Prim fué el destinado á rechazar estas agresiones, menu-

deando por este motivo los ataques para facilitar la marcha de las demás tropas. A las dificultades que el terreno ofrecía para el paso de un ejército regular había que añadir las que el continuo temporal de aguas que se experimentó entonces suscitaban, lo que convertía los campos en pantanos que hacían en extremo fatigosa la marcha y afectaban á la salud de las tropas que vieron diezmadadas sus filas, más por las enfermedades que se desarrollaron que por los diarios combates que sostenía contra los obstinados marroquíes.

El 15 de Diciembre hubo un encuentro empeñadísimo. Desde el amanecer comenzaron á divisarse en las alturas de Sierra-Bullones gran número de moros de infantería y caballería que acudían presurosos de todos lados y con visibles señales de prepararse para un reñido combate. Estaba dispuesto por el general en jefe para las nueve de la mañana la celebración de una misa que debía oír todo el ejército en sufragio de las almas de los que habían perecido desde el principio de la campaña, y con efecto, cuando ya terminaba el Oficio divino, empezaron á oírse algunos disparos por la derecha de las posiciones donde se hallaba el reducto de Isabel II.

Nuestras líneas avanzadas estaban en aquel momento relevándose por el primer cuerpo, quedando por consiguiente sobre el boquete de Anghera un batallón del regimiento del Rey y el de cazadores de Simancas; entre los reductos Isabel II y Rey Francisco; el de Barbastro, otro del Rey y el de cazadores de las

Navas protegiendo al de Alba de Tormes, que estaba de trabajo; y en el segundo de dichos reductos el batallón de Borbon. Contra estas fuerzas se dirigió el primer ataque de los moros de las tribus de Anghera y Benzú que avanzaban al mismo tiempo que unos 2.000 caballos de los llamados moros de rey y grandes fuerzas de infantería.

Comenzó el enemigo amagando el flanco izquierdo del primer cuerpo, cuyo jefe dispuso que se reforzase con algunas tropas el reducto Rey Francisco, principal punto de ataque. Bien pronto se generalizó éste por la izquierda del primer cuerpo, en cuya situación fueron los moros cogidos de flanco por la artillería del reducto del Príncipe Alfonso, que les ocasionó muchas bajas, teniendo que retirarse para rehacerse y concentrarse hácia el centro; pero aquí los esperaban los batallones del Rey y Simancas, que los esperaron bizarramente, en tanto que el fuego de fusilería era cada vez más vivo por la parte del boquete de Anghera. Desde los lindes del bosque hacían los moros desesperados esfuerzos para forzar nuestras posiciones y nos ocasionaban bastantes pérdidas, por lo cual fué necesario adelantar algunas fuerzas de reserva, que, cargando resueltamente al enemigo, le obligaron á emprender la huida en el acto, mezcladas sus fuerzas de infantería y caballería, para refugiarse en las alturas situadas del otro lado del barranco.

Los cuerpos del general Zavala y conde de Reus tomaban, entre tanto, las convenientes posiciones para acudir, si la necesidad ocurría, á los puntos más

amenazados; pero no tuvieron precision de intervenir en la batalla, pues los ataques de los moros se dirigieron entonces contra las fuerzas que mandaba el general Ros de Olano, situadas en las alturas que hacian frente al reducto Príncipe Alfonso. La acometida del enemigo fué vigorosa y resuelta; pero la artillería causó bastante estrago en sus filas, mientras que la infantería sostenía un vivísimo fuego de fusil, obligando tambien en este punto á los moros á retirarse atropelladamente. Aún despues de estos sucesos, los moros reunidos en las alturas y en los barrancos que se encontraban al frente de nuestra línea, incomodaban con sus disparos á las tropas, por cuya razon, haciendo avanzar las fuerzas necesarias del tercer cuerpo y amenazando envolver la derecha del enemigo, abandonó éste sus posiciones huyendo en desorden, molestando por los certeros disparos de la artillería que se habia situado á las inmediaciones de los tres reductos.

Despues de estos movimientos, sólo quedaban sosteniendo la accion unos tres ó cuatro mil moros de las tribus de Anghera y Benu, que se sostenian hácia la derecha del lugar del combate; pero aunque algunos de ellos se habian adelantado hasta ocupar una posicion que nuestras tropas abandonaron en la altura llamada del Renegado, atacados luego vigorosamente fueron rechazados, quedando con esto todas las posiciones en poder de las fuerzas españolas, que volvieron ya de noche á su campo.

El 17 de Diciembre se verificó tambien una nueva

funcion de guerra, en la cual los marroquíes desplegaron tal arrojo y decision que solo era posible rechazarlos apelando á la bayoneta, y durante los días subsiguientes apenas hubo alguno en que los moros no intentaran embarazar los trabajos del camino con repetidos é impetuosos ataques.

Uno de los puntos de mayor importancia que de cuantos debian ocupar nuestras tropas en el trayecto que media desde Ceuta á Tetuan era el valle llamado de los Castillejos. El día 1.º de Enero (1860) era el destinado para intentar este movimiento, y en él efectivamente se realizó uno de los encuentros más empeñados en toda la campaña.

Era el pensamiento del general en jefe, hacerse dueño del referido valle, apoderándose de la importante posicion llamada casa del Marabut para desalojar al enemigo de los bosques inmediatos, desde los cuales molestaba incesantemente á nuestras tropas. Sin embargo, comprendiendo el general en jefe el riesgo que podia correrse avanzando excesivamente las posiciones, de ningun modo pensó en adelantarse hasta ocupar el campamento enemigo, bastando para sus propósitos dominar el citado valle. El valor de nuestras tropas, la indiscreta pero noble bravura y arrojo del general Prim que mandaba la vanguardia, la misma disposicion de la batalla y la resistencia desesperada que desplegó el enemigo, dieron margen á uno de los hechos más gloriosos de toda la campaña, el cual fué objeto, como sucede siempre con los grandes sucesos, de las consideraciones más opuestas

y de los más diversos y contradictorios juicios. Mientras unos decían que el general Prim por su comportamiento durante la batalla de los Castillejos, se había hecho acreedor á una severa censura, por haberse extralimitado de las órdenes que recibiese del general en jefe, otros por el contrario, hacían de aquel los mayores encomios, añadiendo que la página más brillante de la guerra de Africa era la que con la punta de sus bayonetas habían esculpido nuestros soldados en la porfiada contienda de los Castillejos.

Creemos que en ambos juicios existe bastante exageración. Es cierto que el general Prim empeñó las tropas que mandaba en un paso comprometido; también lo es que sin su bravura, serenidad y arrojo, la popularidad de que gozaba entre sus soldados á causa de su experimentado valor, hubiese sido muy fácil que aquella victoria se hubiese convertido en un funesto descalabro; pero tampoco hemos de olvidar que no deben apreciarse todos los hombres con el mismo criterio, y que las circunstancias aconsejan á veces salirse de las órdenes recibidas, que nunca pueden darse en momentos como aquellos con precisión y exactitud matemáticas. El mismo general en jefe, cualesquiera que hayan sido por otra parte las órdenes que hubiese dado al general Prim, sancionó con su asentimiento los hechos consumados; y aun aquella desobediencia, en virtud de los resultados que produjo, y alió á su autor un título honorífico de aquellos con que se premian las más brillantes hazañas, los más reconocidos méritos.

En vista de todo esto, debemos pensar, si procedemos con lógica, que: ó el general O'Donnell fué el primero en reconocer que la desobediencia del conde de Reus, era digna por sus consecuencias de un espléndido galardón, ó por el contrario, que no tuvo la suficiente energía para sujetar al fallo de las severas leyes militares los actos de un subordinado suyo, á causa sin duda de la popularidad de que gozaba entre las tropas. En último resultado, narremos los hechos y por ellos podrán formar su juicio nuestros lectores.

Al toque de diana se emprendió el movimiento proyectado, marchando el conde de Reus con su división, dos escuadrones de húsares y dos baterías á tomar posición en los Castillejos, siguiendo á estas fuerzas el general en jefe con su cuartel general y á continuación el segundo cuerpo. El primero y tercero con la división de caballería permanecieron en sus posiciones del Serrallo y reductos contiguos, aunque con encargo el general Echagüe de adelantar sus tropas hácia las próximas alturas á fin de rechazar á los moros que amagaban un ataque contra la posición del Renegado. Por esta parte, sin embargo, no llegó á formalizarse el combate.

Entre tanto, el conde de Reus tomaba las posesiones de los Castillejos sin más molestia que la causada por el fuego de unos 1.000 moros, los cuales, sostenidos por mayor número desde la casa del Marabut, defendían un cerro situado á su derecha; pero habiendo de desalojar á estos mientras una brigada del segundo cuerpo, mandada por el general Serrano, limpiaba el

bosque de enemigos, procedióse á este movimiento, que se efectuó en breve con escasas pérdidas, quedando nuestras tropas dueñas de la casa del Marabut y de todo el valle, que acabaron de despejar las fuerzas sutiles, saltando á tierra las tripulaciones de los buques, al mando del capitán de fragata D. Miguel Lobo, que cargó al enemigo, en unión con nuestra infantería.

Los escuadrones de húsares habian descendido en aquellos momentos al llano y se cubrian de gloria en el fondo del valle, cargando contra numerosas fuerzas de caballería é infantería, y llegando hasta el mismo campamento marroquí, fuertemente establecido entre escarpadas posiciones. Los moros, sorprendidos ante esta enérgica acometida, si bien no pudieron contenerla, se rehicieron al cabo de algun tiempo y volvieron contra los húsares, que, hallándose léjos de la infantería, tuvieron que retirarse, acosados en todas partes por un fuego horroroso.

Mientras este episodio se verificaba, el general Prim, que á viva fuerza con los batallones de Vergara, Luchana, Príncipe y Cuenca en primera línea, los de ingenieros y artillería de reserva, y secundado por los dos de Córdoba, se habia apoderado de posiciones importantes que dominan el valle, pensaba en posesionarse del campamento enemigo; pero el general en jefe, comprendiendo lo arriesgado de aquel movimiento, no creyó conveniente aventurarse á esta empresa, que podia colocar en grave apuro á todo el ejército, y dispuso, por lo tanto, que los cuerpos se

limitasen á sostener las posiciones ya ocupadas, sin adelantar más la línea de batalla.

Los cálculos del general en jefe no tardaron en verse justificados. A las tres de la tarde, habiendo recibido los moros considerables refuerzos, atacaron con desesperado arrojo á las tropas mandadas por el general Prim, los cuales muy inferiores en número, y fatigadas por muchas horas de continuo combate, se encontraron en situación muy difícil. No podia pasar inadvertida esta circunstancia para el enemigo, que por momentos aumentaba el vigor del ataque; y aunque los españoles defendian palmo á palmo el terreno, era á costa de dolorosas pérdidas y haciendo los últimos esfuerzos. Por un momento viéronse obligadas á replegarse nuestras tropas, y entónces quizás se hubiera declarado la derrota en toda la línea sin un esfuerzo supremo del general Prim, que, comprendiendo el riesgo en que se habia colocado, trató de enmendar la falta con un desesperado arranque de valor y resolucion.

Cogiendo en su mano una de las banderas de los cuerpos que mandaba, y lanzándose impetuosamente contra el enemigo, enardeciendo á las tropas con sus palabras y su accion, pudo recobrar las posiciones de donde habia sido desalojado, tres veces disputadas por los moros con tenaz obstinacion. Como era natural, este resultado sólo se obtuvo á costa de grandes pérdidas, y este es uno de los más graves cargos de cuantos por esta funcion de guerra se han dirigido al general Prim; pero hay que considerar tambien,

para formular un juicio exacto, que al ver tanta bravura y decision, el enemigo se replegó hácia Tetuan.

Siguieron lentamente los españoles su camino hasta esta ciudad, siempre molestados por los marroquíes, que se aprovechaban de cualquier circunstancia ventajosa del terreno para detener al enemigo; que no podia marchar con rapidez, pues era necesario ir abriendo el camino, siendo avituallado por la escuadra que seguia paralelamente al ejército en su marcha mientras lo permitia el temporal, que en algunas ocasiones impidió la comunicacion y puso en grave apuro á las tropas.

Al llegar la escuadra á la ría de Tetuan desembarcó las tropas que llevaba, y como al mismo tiempo las que iban por tierra, despues de varios gloriosos combates, consiguieron posesionarse de las alturas que dominan el valle, la plaza se vió rodeada por todas partes. Sin embargo, antes de caer en nuestro poder hubo que sostener una de las batallas más reñidas de aquella campaña el 31 de Enero de 1860 en el valle de Tetuan.

Estaba el ejército marroquí dividido en dos cuerpos, uno á las órdenes del príncipe Muley-el-Abbas, hermano del Emperador, compuesto de 10 á 12.000 infantes y 3.000 caballos, ocupando los cerros que forman el estribo avanzado de Sierra-Bermeja, inmediatos á la torre llamada Geleli, y el otro á las de su hermano Muley-Ahmet, situado á las puertas de Tetuan, con 4.000 infantes y 900 caballos.

El ejército español, acampado en el punto llamado

de la Aduana, se encontraba situado de este modo: el cuerpo de reserva, á las órdenes del general Rios, cubria la vanguardia, apoyándose en la Aduana y en el reducto de la Estrella; el tercer cuerpo, al mando del general Ros, en segunda línea entre los puntos citados, cubriendo á la caballería y artillería. En esta disposicion los dos campos, y separados por muchos pantanos que forma el esparcimiento del rio Alcántara, el enemigo comenzó á moverse á las nueve de la mañana. Roto el fuego por nuestras guerrillas contra las avanzadas, los marroquíes manifestaban intentos de envolver nuestra derecha; pero adelantándose en direccion oblicua la division de caballería á los flancos de un escuadron de artillería montada, hubo el enemigo de variar de plan, dejando una parte de su caballería, amenazando aquel costado y corriendo el resto de las fuerzas hácia el centro. Situóse entonces nuestra caballería á la derecha del reducto de la Estrella, y en la misma direccion á retaguardia el tercer cuerpo, ocupando los intervalos que dejaban los batallones de infantería tres escuadrones de artillería de á caballo, que rompieron desde luego el fuego de granada contra la caballería enemiga, y posteriormente lo efectuaron también otras seis baterías. El segundo cuerpo se situó formando la extrema derecha, del mismo modo que el del general Rios constituia la izquierda de la línea de batalla.

Reconcentrada, como hemos dicho, la mayor parte de la caballería enemiga en el centro, recibió orden el general Galiano de avanzar y cargar con la nuestra.

en el momento oportuno, como lo efectuó, pasando los pantanos que se extendían entre ambos ejércitos. La brigada de coraceros, que aun no había tenido ocasión de patentizar su ardor contra los moros, cargó con tales bríos, que los arrolló hasta una hondonada paralela á la torre Geleli, en donde se hallaban ocultos más de 1.500 caballos y en las vertientes opuestas multitud de infantes y ginetes moros, que con salvaje vocerío se apresuraron á coronar las cimas, rompiendo un nutrido fuego contra los citados escuadrones. Obligados aquellos valientes á pronunciarse en retirada ante tan desiguales fuerzas, no lo verificaron sin haber escarmentado al enemigo con tres brillantes cargas.

Entre tanto los cazadores de Baza, Albuera y Ciudad Rodrigo entraban en primera línea; el de Albuera formaba el cuadro; un escuadron de artillería de á caballo, avanzando al galope, se situaba y rompía el fuego de frente, y por la izquierda, apoyado otro escuadron de artillería en los batallones de la reserva, enviaba certeros disparos al enemigo. Estos movimientos dieron lugar á que la caballería se rehiciese y continuase el combate.

La brigada de lanceros, adelantándose por la derecha, arrollaba al enemigo; pero al notar el retroceso de los coraceros se corrió un poco á la derecha, mandando su jefe avanzar algunos escuadrones que concurren á sostener aquel movimiento. El escuadron primero de húsares se sostenía bien cargando y rechazando la izquierda enemiga, y aunque por este lado

avanzaba ya la segunda division del tercer cuerpo, habiendo variado su posicion el enemigo, atacó el general Ros con parte de la primera division las posiciones intermedias entre las alturas de Gelelí y la llanura, mientras el general Quesada en columna cerrada, y protegido por los fuegos de dos baterias, acababa de arrollar por nuestra derecha á la caballeria marroqui.

A causa de estos movimientos abandonó el enemigo su actitud ofensiva en el llano, posesionándose de las colinas: el general Mackena se lanzó entonces hácia las alturas, escalándolas al frente de dos batallones, mientras el de Ciudad-Rodrigo las tomaba por el flanco izquierdo, seguido inmediatamente por una bateria de á caballo, otra de montaña y un escudron de coraceros. Por el flanco opuesto marchaba rápidamente la division del general Quesada, coronando á poco las posiciones más distantes y arrollando á los que las defendian.

Entre tanto que esto acontecia en el centro, el segundo cuerpo por la extrema derecha, atravesando las lagunas y pantanos, se dirigia á un bosquecillo en que se abrigaban numerosas fuerzas de caballeria, las cuales abandonaron inmediatamente sus posiciones, esparciéndose por el llano hácia nuestra derecha, y entonces el general Prim, para evitar que le flanqueasen por aquel lado, cubriendo el frente y el ala derecha de los seis batallones que llevaba, formados en cuadros, con varias compañías extendidas en guerrilla, cargó, batió y dispersó con su cuartel ge-

neral, escolta y un escuadron de Albuera al enemigo, que dejó en el campo varios muertos y heridos, armas y caballos. Despejado el frente continuó el general Prim su marcha, conduciendo las tropas como en una parada hácia las lomas donde se hallaba empeñado el tercer cuerpo, y en ellas mandó hacer alto, ocupando las vertientes de la derecha.

El cuerpo de reserva habia avanzado tambien por la izquierda, arrollando á los enemigos hasta obligarles á refugiarse en el bosque que se extiende por la base de las alturas de Geleli, situándose entonces en tres líneas de cuadros oblicuos, á cubierto de los fuegos del enemigo, y colocando en posicion adecuada las piezas de montaña y las rodadas, que continuaron sus disparos de metralla y granada.

Con las ventajosas posiciones que habian conseguido ocupar nuestras tropas, el enemigo no se contemplaba seguro, y entonces destacó numerosas fuerzas entre nuestra extrema izquierda y el rio Martin, con el objeto de interponerse entre el cuerpo del general Rios y el campamento español. Un escuadron de Villaviciosa se lanzó al encuentro de los marroquíes, estorbando su desígnio; pero el terreno pantanoso en que tuvo que operar le opuso dificultades al replegarse, movimiento que efectuó, no obstante hundirse los caballos en el fango hasta los pechos, protegido por el batallon provincial de Málaga, que sin alterar su formacion penetró en el pantano, rebasó el escuadron y mantuvo en respeto al enemigo.

No fué este el último esfuerzo que intentaron los

moros en aquella jornada: á las cinco de la tarde se dió la órden general á los cuerpos para que regresaran á sus respectivos campamentos, pero con las precauciones necesarias por si los enemigos atacaban la retaguardia. Con efecto, reunidos y emboscados en las malezas aventuraron un nuevo ataque, aunque sin resultado, porque lanzados á la carga un escuadron de húsares y otro de coraceros, seguidos á la carrera por la segunda brigada de la primera division, quedaron completamente dispersos, sin que volvieran á molestar á nuestras tropas, que á las ocho de la noche se hallaban ya acampadas.

Por la reseña que acabamos de hacer de la importante accion que se verificó el 31 de Enero, es fácil colegir que los moros se batieron de un modo desesperado, como si comprendiesen que del éxito de aquella jornada dependia la suerte de Tetuan. Debemos convenir en que sacaron gran partido de las circunstancias del terreno, y que nuestra caballería con especialidad fué comprometida inútilmente en un campo pantanoso, que embarazaba sus movimientos, y la colocó en más de una ocasion en circunstancias críticas y apuradas. Aunque el enemigo experimentó pérdidas notables, no por eso desistió de librar una nueva batalla, con el designio de alejar á nuestras tropas de Tetuan y salvar á la ciudad, cada vez más estrechamente amenazada.

En efecto; el 4 de Febrero se verificó la importante y reñida funcion de guerra que puso en poder de nuestro ejército el objeto de tantos y tan heróicos es-

fuerzos. De 40 á 50.000 hombres reunieron los moros en aquella ocasion, al paso que los españoles no pasaban de 30.000; si bien se hallaban convenientemente abastecidos de todo, con buena artillería y montado ya el tren de sitio para comenzar las operaciones contra Tetuan.

A las ocho y media de la mañana comenzó el movimiento de las tropas, atravesando el rio Alcántara por cuatro puentes que se colocaron durante la noche anterior, y poco tiempo despues quedaba el ejército formado en línea de batalla, segun las disposiciones de antemano convenidas. Dióse inmediatamente la orden de avanzar y las tropas hicieron el movimiento con regularidad á pesar de las lagunas y pantanos que cubrian la llanura.

El enemigo, despues de haber avanzado como unos 1.000 metros desde el punto en que tenia establecido su campamento, rompió un vivo fuego de cañon que no fué contestado hasta que todo el ejército español se encontró situado á unos 1.700 metros del punto de partida; entonces se hizo avanzar la artillería de reserva y comenzaron los disparos, causando considerables pérdidas al enemigo, que no por eso cejaba en sus intentos.

Con objeto de que la artillería surtiera todo el efecto posible, ordenó el general en jefe que avanzase, hostilizando principalmente el flanco izquierdo del enemigo, con lo cual la de los marroquíes comenzó á disminuir en intensidad, permitiendo el movimiento de nuestras tropas con mayor desahogo; y de esta

suerte, siguiendo siempre los nuestros su marcha, muy pronto se encontraron ambos ejércitos á 400 metros de distancia, sin que hasta entonces hubiesen tomado parte en la batalla más que las fuerzas de artillería española y marroquí.

Imponente era el espectáculo que ofrecia á la sazón el combate: los moros desde sus posiciones atrincheradas hacían un nutrido fuego; pero no por eso los españoles se detenían en su marcha hasta encontrarse á muy corta distancia del campamento enemigo. Dada en aquel momento la orden de atacar decisivamente todas las posiciones de los marroquíes, el conde de Reus al frente de los batallones de Alba de Tormes, voluntarios de Cataluña, 1.º de la Princesa, 1.º de Leon y los dos de Córdoba, se lanzó á la trinchera, al mismo tiempo que por la extrema izquierda embestían el 1.º de Albuera y los generales García y Turon con los de Ciudad Rodrigo, 2.º de Albuera, Zamora y 1.º de Asturias, se lanzaban también impetuosamente contra el enemigo, sostenido por los demás cuerpos que seguían el movimiento general de avance.

Treinta y cinco minutos de lucha mortal y horrible fueron suficientes para que la bandera española ondease en el campamento marroquí. El conde de Reus, dando el ejemplo, penetró por la tronera de uno de los cañones del enemigo y todos los que le seguían saltaron las trincheras sin detenerse ante ningún obstáculo. Dos banderas, ocho cañones, muchas municiones de todas clases, ochocientas tiendas, camellos y cuantos efectos contenía el campamento de

los moros cayeron en poder de nuestras tropas, en tanto que los vencidos corriendo en tropel, trepaban las escarpadas pendientes de Sierra-Bermeja.

Las pocas fuerzas enemigas que quedaban en la torre de Gelelí y en las alturas inmediatas fueron arrojadas de sus posiciones por el general O'Donnell con la segunda division del segundo cuerpo que mandaba, y nuestros soldados acamparon en las mismas tiendas de los moros.

Queriendo aprovechar el general O'Donnell el efecto moral alcanzado con las últimas victorias, intimó la rendicion á la plaza el 5 de Febrero, concediendo el plazo de veinticuatro horas para la entrega, y poco despues de haber marchado el parlamentario español, se presentó en el ejército una comision presidida por el agente consular de Austria, manifestando que la generalidad de los habitantes deseaban entregar la ciudad, siempre que se respetasen las personas, propiedades, usos, costumbres y religion.

Entre tanto dentro del recinto de Tetuan se verificaban escenas de desolacion difíciles de concebir, aún tratándose de pueblos sumidos todavía en la barbárie. Los moros de Rey y el resto de la guarnicion que habian quedado dentro, viendo la actitud de los habitantes, y las pocas probabilidades que habia de resistencia, se entregaron á toda clase de excesos, especialmente contra la poblacion judía, saqueando y matando á los que se resistian, como si se tratase de una ciudad tomada por asalto despues de una tenaz resistencia. Esto ocasionó, que dos horas antes de finali-

zar el plazo concedido por el general O'Donnell, se le presentase una nueva comision describiéndole el estado lamentable en que se encontraba la plaza, saqueada por las tribus y por los moros de Rey.

Apresuróse por lo tanto la ocupacion de Tetuan por los españoles, que á las diez y media del dia 6 de Febrero quedaron posesionados de la plaza. Desoladora era en extremo el aspecto que esta presentaba; las puertas de las casas forzadas, las tiendas destruidas; efectos destrozados cubrian el piso de las calles, y algunos cadáveres de los que habian sido asesinados por la soldadesca marroquí, demostraban por todas partes el inhumano proceder de aquellos salvajes.

«Es honroso para nuestro ejército—dice el parte oficial de donde tomamos algunos de estos detalles— conocer cuál ha sido el proceder de los soldados á su entrada en Tetuan. Al ver á este pueblo necesitado y hambriento, sacaban de sus mochilas la galleta de su racion para repartirla gozosos á hombres, mujeres y niños de los que salian á su encuentro. A esta conducta, que no se encuentra sino en hidalgos corazones, se debe que hayan empezado á regresar á sus casas muchas familias que las habian abandonado. ¡Llor eterno á los que hermanan así el valor con la generosidad!»

CAPITULO XII.

Primeras proposiciones de paz.—Marcha del ejército español á Tánger.—Batalla de Uad-Rás.—Bases para la paz.—Tratado de Tetuan de 1860.—Reflexiones.

Después de haber descansado el ejército español de sus pasadas fatigas y adoptadas las disposiciones convenientes á la defensa de Tetuan, preparóse para continuar las operaciones, dirigidas esta vez contra Tánger, punto que por su importancia comercial y por los considerables recursos que de él extraía el Sultán, era de sumo interés. Es cierto que en las notas diplomáticas que habían mediado antes de la ruptura de las hostilidades entre los gobiernos español y marroquí, y en las que se cambiaron entre los gabinetes de Madrid y Londres, había manifestado España que no iba á Africa á satisfacer ninguna aspiración de conquista, sino tan solo á buscar reparación de los agravios que se le habían inferido; pero como en los despachos se añadía que no era fácil prever las consecuencias de la campaña, la opinión ampliaba cada día sus exigencias, indicando primero la idea de que debíamos posesionarnos de Tánger y conservar todo el territorio comprendido entre ambas poblaciones y la zona además necesaria para su seguridad, añadiendo además la necesidad de penetrar en

el interior del imperio y hacerle sentir el peso de nuestra justa indignacion.

Pero para tamañas empresas no contábamos con los recursos necesarios, y esto debió pensarlo el Gobierno en tiempo oportuno para dar el giro más conveniente á los sucesos.

Previendo los marroquíes que nuestro ejército dirigia sus miras contra la plaza de Tánger, se dispuso á defender esta ciudad con respetables fuerzas, y á presentar á las tropas españolas en su marcha cuantos obstáculos pudieran entorpecer las operaciones; y mientras que los restos del ejército enemigo se reunian á cinco leguas de la plaza de Tetuan, en el punto en que se juntan los caminos de ésta y de Fez, con el objeto de ganar tiempo envió Muley-el-Abbas el 14 de Febrero al general O'Donnell una comision que inquiriese las bases sobre las que se hallaba dispuesto á entrar en negociaciones pacíficas. Contestó el general español que este asunto incumbia al gobierno de Madrid, tanto más habiendo variado las circunstancias de la lucha con las ventajas obtenidas, y que comisionaría al general Ustáriz para este fin, no pudiendo por entónces determinar cosa fija y exacta.

Algunas días despues (el 23 de Febrero) volvió á intentar el jefe marroquí nuevas negociaciones con objeto de disponer del tiempo necesario para prepararse á la defensa de la plaza de Tánger y del camino que á ella conducia; pero no produjeron resultado alguno, porque los marroquíes no querian tratar sobre la base de la cesion de la plaza de Tetuan á España, y es de

sentir que lo que no se aceptó por nuestro Gobierno entonces se hubiera admitido despues de nuevos sacrificios y de algunos triunfos alcanzados. Como Muley-el-Abbas, sin dar contestacion definitiva respecto al punto principal que era el relativo á Tetuan, pidiese siempre nuevos aplazamientos, que ponian bien de manifiesto sus intenciones, O'Donnell se negó á ello, y se dispuso á proseguir la marcha, empleando la marina en el bombardeo de los puertos de alguna consideracion del imperio, con el objeto de hacer sentir á los moros más inmediatamente la necesidad de terminar la lucha. Aun en esto no podia procederse de un modo adecuado y eficaz, puesto que el gabinete inglés puso su veto á que Tánger fuese objeto de alguna acometida de parte de nuestras fuerzas navales. Por esta razon todo se redujo á ataques flojos y mal dirigidos contra Larache y Arcilla, mientras las tropas de tierra continuaban en Tetuan esperando los trenes y abastos suficientes para emprender la marcha proyectada.

El estado del mar no permitia el desembarque en la escala necesaria de las municiones y trenes, y entretanto los moros algo repuestos de sus pasados descalabros, comenzaron á hostilizarnos de nuevo. El dia 11 hubo un encuentro de bastante consideracion sobre el camino de Tanger en las inmediaciones del pueblo de Samsa, y aunque el enemigo se declaró al fin en la más completa dispersion, no fué sin haber desplegado antes y durante muchas horas gran tenacidad.

A pesar de todas las contrariedades, para el 23 de Marzo se habia conseguido racionar el ejército por seis dias y dejar abastecida la plaza de Tetuan, pues se temia con razon que al abandonar nuestras tropas aquellos alrededores, las tribus circunvecinas dejasen de llevar provisiones á la plaza como hasta entonces lo habian hecho.

El ejército español emprendió pues la marcha el 25 de Febrero, á las ocho de la mañana, pues una densa niebla que cubria los campos no lo permitió antes, por la derecha de los montes de Samsa y siguiendo el camino que remontando el rio Gelu, conduce por el puente de Buceja á la salida del Fondack, posicion formidable, situada á la mitad de la distancia, en el paso preciso de Tetuan á Tanger.

Al pronto solo se divisió un escaso número de enemigos por el frente, y si bien los disparos repetidos que en todas direcciones se oian, daban á entender que se llamaba con precipitacion á las kabilas y gentes desparramadas por el país, no se creyó en un principio que pudiera empeñarse un combate importante, pues se calculaba que los moros reservarian sus fuerzas para la defensa de las posiciones del Fondack. No obstante, muy luego se comenzaron á cubrir los montes de enemigos, al paso que de los valles y collados parecian brotar enjambres de moros que reuniéndose en considerables masas se aprestaban, segun todas las conjeturas, á disputar obstinadamente el paso al ejército español.

Así sucedió en efecto, pues apenas el primer cuerpo

hubo adelantado una legua escasa, ya se había trabado el combate sostenido por los moros con rabiosa desesperación y en número considerable, con la seguridad de que si alcanzaban la victoria no podría el ejército español continuar, sin recibir grandes refuerzos, su marcha hacia Tanger. Sin embargo, después de varias peripecias y de haberse disputado repetidas veces unas mismas posiciones, los nuestros consiguieron apoderarse del valle de Uad-Rás, que dió nombre á esta función de guerra, y del campamento enemigo, mientras que los moros se vieron obligados á replegarse hácia el Fondack.

Al día siguiente, antes que el general O'Donnell emprendiera su movimiento de avance, se presentaron en su campo varios comisionados de Muley-el-Abbas con una carta de este príncipe, en la cual hablaba con insistencia de los deseos que abrigaba de llegar á una solución pacífica, para lo que solicitaba una entrevista con el general en jefe del ejército español, la cual le fué concedida. En ella se convinieron las bases de la paz en estos términos:

«D. Leopoldo O'Donnell, etc., y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos..... han convenido en las siguientes bases para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra:

1.^a S. M. el Rey de Marruecos, cede á S. M. la Reina de España á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido, desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones hasta el barranco de Anghera.

2.^a Del mismo modo S. M. el Rey de Marruecos, se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

3.^a S. M. el Rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á la plaza de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de Agosto de 1859.

4.^a Como indemnizacion por los gastos de la guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de España, la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

5.^a La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre quedará en poder de España, como garantía del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra. Verificado que sea este en toda su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

6.^a Se celebrará un tratado de comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion más favorecida.

7.^a Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos, podrá residir en Fez ó en el pun-

to que más convenga para la protección de los intereses españoles, y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

8.^a S. M. el Rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles, como la que existe en Tánger.

9.^a La Reina de España nombrará desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos, extiendan las capitulaciones definitivas de la paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos, en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días á contar desde el de la fecha.»

Convenidas estas bases y firmadas por los generales O'Donnell y Muley-el-Abbas en 25 de Marzo de 1860, cesaron las hostilidades entre ambas partes beligerantes, siendo la línea divisoria el puente de Buceja.

El Gobierno de Madrid no opuso dificultad alguna para la aprobación de estas bases y el armisticio estipulado, pues sabido es que, aunque el general O'Donnell estaba al frente del ejército, no por eso dejaba de desempeñar la presidencia del gabinete, al cual recurría para salvar las formas. Adoptáronse desde aquel momento varias disposiciones que manifestaban la seguridad de un tratado definitivo; pero sin embargo todavía circularon rumores algunos días despues, de que habian surgido ciertas dificultades en las negociaciones de la paz, rumores que reconocian por funda-

mento la dilacion de los plenipotenciarios marroquies en presentarse en Tetuan. Sin embargo, todas estas dudas y sospechas vino á disiparlas la *Gaceta de Madrid*, publicando en Abril del mismo año el tratado que insertamos íntegro á continuacion, pues ha de servirnos para el exámen de ciertas cuestiones de interés que se rozan con el estado actual de Marruecos, y la necesidad de adoptar con urgencia una política enérgica y eficaz con respecto á aquel imperio.

Hé aquí el documento en cuestion:

Tratado de paz entre España y Marruecos, presentado á las Córtes por el gobierno de S. M.

«Art. 1.º Habrá perpétua paz y buena amistad entre S. M. la Reina de las Españas y S. M. el Rey de Marruecos y entre sus respectivos súbditos.

»Art. 2.º Para hacer que desaparezcan las causas que motivaron la guerra, hoy felizmente terminada, S. M. el Rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene en ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes más convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnicion como se determina en el artículo siguiente:

»Art. 3.º A fin de llevar á efecto lo estipulado en el artículo anterior, S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de España, en pleno dominio y soberanía, el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones, hasta el barranco de Anghera.

»Como consecuencia de ello, S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía todo el territorio comprendido desde el mar, partiendo próximamente de la punta oriental de la primera bahía de Handaz-Bahma, en la costa norte de la plaza de Ceuta por el barranco ó arroyo que allí termina, subiendo luego á la porcion oriental del terreno en donde la prolongacion del monte del Renegado, que corre en el mismo sentido que la costa, se deprime más bruscamente para terminar en un escarpado puntiagudo de piedra pizarrosa, y descendiendo costeando desde el boquete ó cuello, que allí se encuentra por la falda ó vertiente de las montañas ó estribos de Sierra-Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asis, Pinies, Cisneros y Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, y termina en el mar formando el todo un arco de círculo que muere en la ensenada del Príncipe Alfonso, en la costa Sur de la mencionada plaza de Ceuta, segun ya ha sido reconocido y determinado por los comisionados españoles y marroquíes, con arreglo al acta levantada y firmada por los mismos en 4 de Abril del corriente año.

»Para conservacion de estos mismos límites, se establecerá un campo neutral, que partirá de las vertientes opuestas del barranco hasta la cima de las montañas, desde una hasta otra parte del mar, segun se estipula en el acta referida en este mismo artículo.

»Art. 4.º Se nombrará seguidamente una comision compuesta de ingenieros españoles y marroquíes, los

cuales enlazarán con postes y señales las alturas expresadas en el art. 3.º, siguiendo los límites convenidos.

»Esta operacion se llevará á efecto en el plazo más breve posible, pero su terminacion no será necesaria para que las autoridades españolas ejerzan su jurisdiccion en nombre de S. M. católica en aquel territorio, el cual como cualesquiera otros que por este tratado ceda S. M. el Rey de Marruecos á S. M. católica, se considerará sometido á la soberanía de S. M. la Reina de las Españas desde el dia de la firma del presente convenio.

»Art. 5.º S. M. el Rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad el convenio que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan el 24 de Agosto del año próximo pasado de 1859.

»S. M. marroquí confirma desde ahora las cesiones territoriales que por aquel pacto internacional se hicieron en favor de España y las garantías, los privilegios y las guardias de moros de Rey otorgados al Peñon y Alhucemas, segun se expresa en el artículo 6.º del citado convenio sobre los límites de Melilla.

»Art. 6.º En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el Rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M. el Rey de Marruecos un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

»Las guardias de moros de rey para las plazas españolas del Peñon y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.

»Art. 7.º S. M. el Rey de Marruecos se obliga á hacer respetar por sus propios súbditos los territorios que, con arreglo á las estipulaciones del presente tratado, quedan bajo la soberanía de S. M. la Reina de las Españas.

»S. M. católica podrá, sin embargo, adoptar todas las medidas que juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes, sin que en ningun tiempo se oponga á ello obstáculo alguno por parte de las autoridades marroquies.

»Art. 8.º S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. católica en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí antiguamente.

»Para llevar á efecto lo convenido en este artículo, se pondrán previamente de acuerdo los gobiernos de S. M. católica y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte, para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.

»Art. 9.º S. M. marroquí se obliga á satisfacer á S. M. católica como indemnizacion para los gastos de la guerra, la suma de 20.000.000 de duros, ó sean 400.000.000 de reales vellon. Esta cantidad se entregará por cuartas partes á la persona que designe S. M. católica, y en el punto que designe S. M. el Rey de Marruecos, en la forma siguiente: 100.000.000 de reales vellon en 1.º de Julio; 100.000.000 de

reales vellon en 29 de Agosto; 100.000.000 de reales vellon en 29 de Octubre y 100.000.000 de reales vellon en 28 de Diciembre del presente año.

»Si S. M. el Rey de Marruecos satisficere el total de la cantidad primeramente citada antes de los plazos marcados, el ejército español evacuará en el acto la ciudad de Tetuan y su territorio.

»Mientras este pago total no tenga lugar, las tropas españolas ocuparán la indicada plaza de Tetuan y el territorio que comprendía el antiguo bajalato de Tetuan.

»Art. 10. S. M. el Rey de Marruecos, siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores, que tan especial proteccion concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento en la ciudad de Féz de una casa de misioneros españoles, y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las exenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos.

»Dichos misioneros españoles, en cualquier punto del imperio marroquí donde se hallan ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio, y sus personas, casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y proteccion necesarias.

»S. M. el Rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados para que en todos tiempos se cumplan las estipulaciones contenidas en este artículo.

»Art. 11. Se ha convenido expresamente que cuan-

do las tropas españolas evacuen á Tetuan, podrá adquirirse un espacio proporcionado de terreno próximo al consulado de España para la construcción de una iglesia, donde los sacerdotes españoles puedan ejercer el culto católico y celebrar sufragios por los soldados españoles muertos en la guerra.

»S. M. el Rey de Marruecos promete que la iglesia, la morada de los sacerdotes, y los cementerios de los españoles serán respetados, para lo que comunicará las órdenes convenientes.

»Art. 12. A fin de evitar sucesos como los que ocasionaron la última guerra, y facilitar en lo posible la buena inteligencia entre ambos gobiernos, se ha convenido que el representante de S. M. la Reina de las Españas en los dominios marroquíes resida en Fez ó en la ciudad que S. M. la Reina de las Españas juzgue más conveniente para la protección de los intereses españoles y el mantenimiento de amistosas relaciones entre ambos Estados.

»Art. 13. Se celebrará á la mayor brevedad posible un tratado de comercio, en el cual se concederán á los súbditos españoles todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

»Persuadido S. M. el Rey de Marruecos de la conveniencia de fomentar las relaciones comerciales entre ambos pueblos, ofrece contribuir por su parte á facilitar todo lo posible dichas relaciones, con arreglo á las mútuas necesidades y conveniencias de ambas partes.

»Art. 14. Hasta tanto que se celebre el tratado de comercio á que se refiere el artículo anterior, quedan en su fuerza y vigor los tratados que existian entre las dos naciones antes de la última guerra, en cuanto no sean derogados por el presente.

»En un breve espacio, que no escederá de un mes desde la fecha de la ratificación de este tratado, se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebración del de comercio.

»Art. 15. S. M. el Rey de Marruecos concede á los súbditos españoles el poder comprar y exportar libremente las maderas de los bosques de sus dominios, satisfaciendo los derechos correspondientes, á menos que por una disposición general, sea conveniente prohibir la exportación á todas las naciones, sin que por esto se entienda alterada la concesión hecha á S. M. católica por el convenio del año de 1799.

»Art. 16. Los prisioneros hechos por las tropas de uno y otro ejército durante la guerra que acaba de terminar, serán inmediatamente puestos en libertad y entregados á las respectivas autoridades de los dos Estados.

»El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible, y el cange de las ratificaciones se efectuará en Tetuan, en el término de veinte dias ó antes si pudiese ser.

»En fe de lo cual, etc..... Tetuan 26 de Abril de 1860.»—Siguen las firmas.

Tal fué el resultado de la guerra de Africa, que dis-

gustó á todo el país, que se habia ya prometido las más beneficiosas consecuencias. Es cierto que nuestro ejército, por medio de una série de victorias, habia alcanzado la posesion de la plaza de Tetuan; pero cuando se esperaba que este sería el punto de apoyo para extender nuestras posesiones de Africa, los preliminares del tratado vinieron á echar por tierra todas las ilusiones.

Los que querian justificar la conducta del Gobierno, manifestaban que para el cumplimiento de las aspiraciones de la opinion, era preciso mantener en Africa un numeroso ejército, y una lucha constante como la que Francia se vió obligada á sostener en la Regencia de Argel; añadiase que no contábamos con elementos necesarios para esta empresa, que por espacio de siglos enteros habiamos agotado nuestra vida en el exterior, y que en los tiempos actuales, más que en ninguna ocasion, nos convenia encerrarnos en nosotros mismos y no hacer alarde intempestivo de medios que no teniamos ni de recursos que nos faltaban; decíase asimismo que para continuar la marcha sobre Tanger era preciso reforzar en vasta escala nuestro ejército, puesto que los moros ya no se presentaban como al principio de la campaña en masas informes y desorganizadas, sino que combatian con más orden y disciplina y sabian aprovecharse bien de las circunstancias del terreno; pero todo esto hubiera sido muy oportuno tenerlo presente al lanzarnos á la lucha, porque es de todo punto preciso pesar bien en la balanza de los sucesos, las eventualidades que pueden surgir cuando

se trata de empeñarse en empresas de gravedad y trascendencia.

Por lo demás si lo que se decía era desgraciadamente exacto, ¿por qué no se aprovechó la favorable coyuntura de la toma de Tetuan para obtener la paz, ya que entonces el enemigo presentó las primeras proposiciones á este efecto? El obstáculo principal que entonces se opuso á la terminacion de la lucha, fué la resolucion de conservar á Tetuan, pues si en este punto se hubiese cedido, como despues se hizo, la paz se hubiera estipulado en el acto. ¿Cuál podria ser el pensamiento del general O'Donnell al obstinarse á no negociar la paz sin la cesion por parte de Marruecos de la ciudad conquistada? Es fácil comprenderlo. La opinion estaba entonces demasiado sobreexcitada; pedíase á toda costa la conservacion de Tetuan como un monumento imperecedero de nuestro orgullo satisfecho, de nuestra satisfaccion realizada, del valor de nuestro ejército, y de su constancia en los peligros.

Creyó entonces O'Donnell arriesgado ceder en este punto, temeroso de perder la popularidad que adquiriera en la campaña, y pensando que la marcha hácia Tanger seria más fácil, y que acaso podria disponer de más elementos de los que luego tuvo á su disposicion, emprendió el camino, abrigando la esperanza de que quizá los moros con nuevos escarmientos cedieran en este punto. De otro modo es imposible concebir, que despues de una nueva victoria disminuyesen las exigencias por parte de España, y que las ba-

ses de la paz, que habian parecido inaceptables en un principio, se admitiesen cuando se hicieron nuevos y mayores sacrificios. Este es precisamente el cargo más grave que puede hacerse al gobierno de aquella época, es decir, el no haber sabido conseguir la paz en tiempo oportuno, perdiendo más para obtener ménos en definitiva.

Por esta razon el disgusto llegó á su colmo en todos los espíritus. En los partidarios de la guerra, porque creian se habia abandonado intempestivamente la lucha y cuando debíamos comenzar á obtener las ventajas de los esfuerzos consumados; y en los de la paz, porque la misma conclusion precipitada de la contienda venia á darles la razon y á demostrar que cuando se habian opuesto al arranque general de la opinion, manifestaron el acuerdo más oportuno y conveniente.

Solo la llegada de nuestros valientes soldados y el entusiasmo que su presencia causó en todas partes, pudo disimular por algun tiempo el general disgusto; pero tan luégo como pasó el primer momento de legítimo orgullo, volvieron de nuevo los ataques contra el ministerio por haber estipulado la paz.

CONCLUSION.

Aunque por la índole de este escrito debemos abordar ahora cuestiones de interés que más bien se relacionan con la política que con la historia, hemos de advertir que de modo alguno pensamos en dirigir cargos apasionados á ningun gobierno, y sí tan solo examinar el asunto en la serena region de las ideas, distribuyendo en lo posible de un modo equitativo la responsabilidad que á cada uno corresponda, puesto que desde hace largo tiempo España se ha visto obligada á prescindir de ciertas aspiraciones exteriores, para cuya realizacion son indispensables condiciones que hasta ahora nos han faltado en todo ó en parte, durante el estéril periodo de nuestras encarnizadas luchas políticas.

En el largo período del presente siglo, que podemos considerar como constituyente, pues rotos los moldes de las sociedades antiguas, carecemos todavia de la fórmula adecuada para el establecimiento normal de un estado progresivo; pocas veces han podido los gobiernos españoles dirigir su vista hácia el exterior,

ocupados unas fatalmente en la defensa sistemática de los restos desprestigiados de envejecidas y caducas instituciones, luchando otras con los desbordamientos que provoca la reaccion y buscando siempre inútilmente el camino y el procedimiento que pudiera conducirnos á una marcha ordenada y tranquila.

Por esta razon, cuando nos hemos ocupado de investigar los motivos que originaron nuestra última contienda con el imperio marroquí, apuntamos las causas generales de enemistad entre ambos estados, causas que reconocen fundamentos históricos de remota fecha, diferencias de raza, de religion, de tradiciones y la necesaria accion que habian de suscitar las invasiones repetidas y asoladoras que en varias épocas sufrió España de parte de los habitantes de las comarcas situadas allende el estrecho de Gibraltar.

No es necesario hacer grandes esfuerzos para demostrar que á la nacion española le incumbe una principalísima participacion en la grandiosa tarea que más pronto ó más tarde ha de realizarse para extender la cultura europea en el vecino continente africano, y bajo este punto de vista están en general justificadas cuantas gestiones se verifiquen en tal sentido; pero al examinar los procedimientos y las épocas, claro es que ha de haber diferentes criterios, tanto en lo que atañe á los medios que deben emplearse, como con lo que se roza con la oportunidad de los tiempos y los resortes que hayan de ponerse en juego.

La gloriosa campaña de 1859 enseñó á propios y á extraños de lo que es capáz el esfuerzo nacional, y al